

Memorias del tiempo viejo, por Luis Orrego Luco, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1984.

Hermosa aventura detener el tiempo; estacionarse en el presente para penetrar en los caminos —no siempre fáciles— del pasado. Al propio pasado. Vislumbrar las huellas que uno dejó en senderos a veces misteriosos. Acaparar y rescatar aquellas sombras que alguna vez nos envolvieron. Y también, buscar con ansiedad esas luces que, ocultas, permanecieron en nuestro espíritu y que ninguna fuerza fue capaz de apagar. O el sonido de aquellas antiguas voces que, de pronto, en una suerte de silencio abismal, y que sin embargo, las escuchamos de pronto, como si fueran de hoy. Añorar a veces, aquello que no hicimos, lo pudimos haber amado y no amamos. Y encontrar, entonces, en ese tráfago, respuestas vagas, otras demasiado ní-

tidas, pero ya demasiado tarde. En fin, reminiscencias, recuerdos que llegan como una estampida a las fibras más íntimas de nuestro ser. Y ante este silencio meditamos y pensamos que, acaso, el ayer es ciertamente mejor que el hoy, a no ser que seamos ciegos y sordos a la realidad trágica que golpea, cada vez con mayor persistencia a nuestro planeta enajenado.

Así como la noche le roba al cielo su color azul transparente, así el memorialista, estacionado en su presente concreto, hace retroceder los punteros cósmicos de sus entrañas. Y el pasado —ese pasado— es mirado entonces con los ojos del alma. Y se mira hacia atrás...

Estos y otros pensamientos se nos

Boletín de la Academia Chilena de la Historia
no 95. s.º 1.º. Año. LI. 1984

vienen a la mente, cuando revisamos la larga lista de excelentes memorialistas que ha tenido Chile, dentro, desde luego, de nuestras limitaciones. Así, vemos que conquistadores, patriotas, hombres públicos, religiosos, escritores, militares y hasta connotados personajes de la alta burguesía, han sido tentados en esta tan atrayente disciplina literaria, tan poco estudiada y, sin embargo, tan rica en hallazgo. Cronológicamente, pensamos, que el iniciador de este arte de los "recuerdos reunidos" podría ser, en el siglo XVII, el maestro de campo don Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, quien escribió su inmortal *Cautiverio Feliz*. Durante la Independencia, don Juan Egaña escribe *El Chileno Consolado en los Presidios*, libro editado en Londres el año 1826, obra que constituye una rareza bibliográfica. Avanzado el siglo XX, podríamos fácilmente rescatar no menos de cincuenta autores que nos entregaron, cada cual con sus estilos, con sus pasiones, con sus ingenuidades, a veces con voluntarios olvidos y otros con excesos de verdades, sus memorias. Este trabajo que pudiera ser apasionante, se lo dejamos a los estudiosos de nuestra rica literatura.

Queremos referirnos, esta vez, a la obra póstuma que nos legó nuestro gran escritor don Luis Orrego Luco, aparecida recientemente editada por la Universidad de Chile, con nota preliminar de su nieto don Francisco Orrego Vicuña, prólogo de don Eugenio Pereira Salas e introducción de

don Héctor Fuenzalida Villegas. Lamentamos —tenemos que decirlo— que muy a menudo se repiten situaciones y nombres y que la redacción no sea todo lo pulcra como abríamos deseado y como lo habría deseado también el autor, a pesar de los esfuerzos enormes que tuvo que hacer, primero don Guillermo Feliú Cruz, quien pulió minuciosamente los manuscritos, verificó fechas y hechos y ordenó las secciones, prosiguiendo el arduo trabajo, a la muerte de éste, el señor Fuenzalida.

La trayectoria de Orrego Luco como hombre público, como diplomático y como escritor es ampliamente conocida y reconocida. Señalemos sólo que nace en 1866 y que muy joven inicia sus estudios en Suiza terminándolos en Santiago recibíendose finalmente de abogado. Fue periodista de nota y su obra literaria más tarde es importante, más en su calidad que en su cantidad. Anotemos que ya hacia 1892 publica su primer libro de cuentos *Páginas Americanas*. Le continúa en 1896 su obra *Panderetas*. En 1900 publica en dos tomos su novela *Un Idilio Nuevo*. Su inquietud pública lo hace publicar más tarde, en 1905, su obra en cinco tomos *Los Problemas Internacionales de Chile*. Así, su pluma no se detiene a pesar de sus actividades diplomáticas, políticas y como catedrático en Derecho Internacional, llegando a ser, además, miembro de la Academia Chilena correspondiente de la Real Española. Posteriormente edita

su libro que lo consagró *Casa Grande*. Obra clásica y clavé dentro de nuestra literatura. Asimismo, ya en 1929 aparece otra novela trascendente dentro de su prolífica trayectoria *Tronco Herido*. Culmina, terminemos, su creación literaria cuando en 1947 publica su novela *Playa Negra*. Fallece en Santiago un año más tarde, a los 82 años de edad. Escritor de clase alta —aristócrata de cuna y de espíritu— cuya vida plenamente realizada la entregó con suma abnegación y pasión al servicio de su patria y de las letras.

Pero volvamos a sus memorias e intentemos caminar con don Luis en sus "tiempos viejos". Esta obra que está compuesta por dos tomos, nos narra de manera cálida, a veces con cierto vedado orgullo, su vida, muy bien vivida y muy rica en experiencia, desde su lejana infancia, allá por el año 1870, hasta las postrimerías del siglo pasado.

Para intentar una compenetración mayor en la personalidad de Orrego Luco, tenemos que señalar, en primer lugar, dentro de su perfil psicológico, que nació en el seno de una familia, si no económicamente acomodada, sí lo fue en su entorno social. Según nos señala él mismo en sus antecedentes referidos a la familia paterna Orrego y Garmendia, la primera era de noble estirpe lusitana, descendiente de don Antonio Núñez Do Rego, caballero de la Orden de Alvis —la más antigua y una de las más nobles de Europa— según don Luis y, por lo Garmendia,

procedía de la distinguidísima familia Garmendia, de Córdoba, Argentina. Añadamos que por lo Luco, estaba entroncado con la más rancia aristocracia colonial chilena, nieto de don Juan José Martínez de Luco y Aragón, alcalde de Santiago en los días anteriores a la Independencia, hombre de enorme fortuna y prestigio y figura principal de la Colonia. Agreguemos que sus relaciones sociales se ampliaron notablemente, con su matrimonio con doña María Vicuña Suberca-seaux, hija del recordado historiador y hombre público don Benjamín Vicuña Mackenna, familia de enorme influencia social, política y económica de ese Santiago tan pequeño y a la vez orgulloso de entonces y tan dado a los abolengos y a los oropeles. Por este motivo la vida del autor transcurrió en ese ambiente de alta burguesía que es, precisamente, la que retrata con su pluma amenísima, en esta obra, tanto en sus vicios como en sus virtudes.

Curioso personajes don Luis. Hombre de gran mundo, de salón, acaso demasiado apegado a sus propios pergaminos y a los ajenos pero, sin embargo, poseedor de una notable sensibilidad en su difícil oficio de escritor. Además de enorme talento, como sus hermanos el doctor don Augusto y el eximio pintor don Alberto uno de los mayores exponentes dentro de nuestra plástica. Agreguemos que era cuñado del pintor, maestro de maestros, don Pedro Lira Rencoret, por su matrimonio con su hermana mayor doña Elena Orrego Luco.

La obra que comentamos tiene el difícil don de la amenidad, tanto más si tomanos en cuenta que es un texto, mayor, extenso: más de 600 páginas. Acaso la parte más atrayente de estas memorias, desde el punto de vista histórica, sean los capítulos referidos a la Revolución del 91 y a la pugna de poderes —antes y después— entre los balmacedistas y congresistas. Patética es la descripción de las batallas de Chorrillos y Miraflores en las cuales el autor fue protagonista y hasta herido.

No menos atrayentes son los retratos que nos presenta, con gran agudeza, de las personalidades de la época, tales como las de los Presidentes don Aníbal Pinto, don José Manuel Balmaceda, y don Jorge Montt, además de los hombre públicos como don Manuel Antonio Matta, don Manuel José Irrarrázabal, don José Santos Lira, don Carlos Antúnez, don Vicente Reyes, don Agustín Ross, don Ambrosio Montt, don Isidoro Errázuriz —uno de nuestro más elocuentes oradores— don Ramón Barros Luco, su pariente, como asimismo aspectos familiares de los Vicuña Mackenna, de su amistad con Pedro Balmaceda de Toro, fallecido tempranamente y de todo el círculo de amigos y de personajes de importancia de la época, como los hermanos Amunátegui, el salón de la señora Lucía Bulnes de Vergara, de los militares amigos y de toda la “gente

bien” con la cual se rodeaba y hasta sacaba partido. En suma, un trozo fascinante de la historia de Chile vista con los ojos de un escritor, gran observador y hombre superior en su tiempo. Como otros intelectuales presentes en estos recuerdos.

Anotemos, para terminar, que no menos sabrosas son sus anécdotas vividas en Europa, sus aventuras y desventuras. Descubrir las, se las dejamos al lector.

Podríamos señalar todavía, que si un pecadillo tiene esta obra, es cierta atmósfera en exceso mundana que conlleva a una superficialidad y hasta frivolidad no exenta de una encantadora fatuidad. Pero recordemos que esto es comprensible en un hombre de sociedad, inmerso en aquella época y que es un libro escrito ya en su ancianidad. Sencillamente, pensamos, no quiso enmascararse y dejó correr la pluma según fueran apareciendo los episodios a través de su mente prodigiosa. Tal como lo señalamos al comienzo, don Luis escribió este libro —estas memorias— con los ojos del alma. Supo detener el tiempo, desentrañar sus huellas, revivir aquellas luces interiores y escuchar el sonido palpitante de aquellas voces que algún día hicieron temblar su alma. Y los consiguió. Allí está su encanto.

Fernando de la Lastra Bernaldes